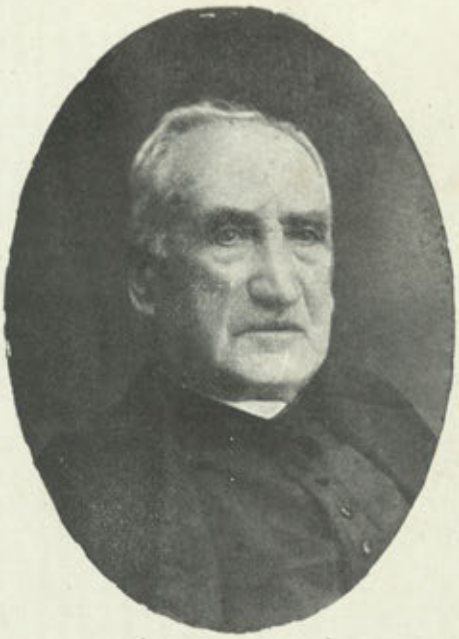

MARCELO MACIAS

Así extendía Cicerón la mano,
y al torvo Catilina apostrofaba.
Con una voz como esa declamaba
sus broncíneos exámetros Lucano.
No tuvo nunca el orador romano
la flamígera frase más esclava,
ni se cernió más alta, libre y brava,
la brava inspiración del vate hispano.
Todo es latino en él: el grueso cuello,
el ancho cráneo, el híspido cabello,
la sutil majestad con que dialoga,
el recio gesto, la actitud erguida
y la enorme alegría de la vida...
¡Y hasta el manteo, que sobre él es toga!

ANTONIO REY SOTO.

BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA GALLEGA

Año XXI | *Coruña, 1.º de Febrero de 1926* | Núm. 180

MARTINEZ SALAZAR Y MARCELO MACIAS

GALICIA TRIBUTA HOMENAJE A ESTAS DOS ILUSTRES FIGURAS

Celebráronse en los días 20 y 21 de Diciembre los actos de homenaje organizados por la Diputación provincial y el Ayuntamiento de La Coruña en memoria del ilustre Presidente que fué de nuestra Real Academia, D. Andrés Martínez Salazar, y en honor de nuestro meritísimo consocio D. Marcelo Macías, ambos astorganos insignes que laboraron con gran talento y singular entusiasmo por la cultura gallega.

Si hubiéramos de dar cuenta de esos actos con la amplitud que el relieve que tuvieron requiere, necesitaríamos un espacio del que carecemos. Limitarémonos, pues, a reseñarlos sucintamente.

EN LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

La Diputación y el Ayuntamiento coruñeses tuvieron una feliz idea al organizar estos actos que resultaron espléndidos y brillantes.

Verificóse el primero en el salón de sesiones del palacio provincial, dispuesto al efecto con banquetas en las que tomaron asiento las representaciones forasteras que vinieron de toda la región a honrar a aquellas dos esclarecidas figuras que tanto enaltecieron a Galicia; las de los centros, entidades, corporaciones, sociedades de recreo, cuerpo consular y prensa de la localidad y muchos miembros de la colonia astorgano-maragata.

Con el ilustre Macías ocuparon puesto en el estrado los presidentes de las Diputaciones de la Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra, el Gobernador Civil interino Sr. Cebrián, el General de Estado Mayor don

Leocadio López, en representación del Capitán General de la octava región Sr. Berenguer; los alcaldes de Astorga, Orense y la Coruña y el Delegado regio de Bellas Artes y diputado provincial Sr. García Acuña.

Con el presidente de la Diputación de Pontevedra vino también el vicepresidente de la Corporación.

El Sr. Caruncho, que presidía el acto, pronunció un brillante discurso enalteciendo la figura de Macías como publicista insigne, orador sagrado elocuentísimo, recordando el magnífico panegírico que dedicó a María Pita hace treinta años en el templo de San Jorge; catedrático doctísimo y arqueólogo notable, haciendo resaltar el amor que siempre tuvo a Galicia y su labor constante en prestigio de nuestra tierra.

Ofrecióle en muy sentidas palabras y en representación de las cuatro Diputaciones gallegas el homenaje de esta región, traducido en el nombramiento de hijo adoptivo de ella, haciéndole entrega del artístico pergamino en que va extendido este título.

Y terminó saludándolo con frases de cariño y admiración que fueron muy aplaudidas.

LAS ADHESIONES

El Secretario de la Diputación, Sr. Astray, dió lectura a las numerosísimas adhesiones recibidas de Universidades, Prelados, Cabildos, Ayuntamientos, Centros de cultura y populares, entidades diversas y distinguidas personalidades de toda Galicia, de varios pueblos de España y Portugal y, especialmente, de Astorga; en las cuales se tributan frases de recuerdo a Martínez Salazar y de cariño y admiración a don Marcelo Macías.

DISCURSO DEL SR. GARCÍA ACUÑA

El delegado regio de Bellas Artes, diputado provincial y Académico electo de nuestra Corporación, D. José García Acuña, a quien el presidente de la Diputación había encomendado esta labor, leyó a continuación unas hermosas cuartillas, como suyas admirablemente escritas, estudiando la figura de D. Marcelo Macías en sus diversos aspectos y la labor por él realizada.

Comienza así el Sr. García Acuña:

«Nunca en mi vida sentí, como en este momento, gravitar sobre mi conciencia, con tan abrumadora opresión, el peso ingente de la responsabilidad aneja a un deber tan halagadoramente impuesto como temerariamente aceptado: el de llevar la voz de la Diputación provincial de la Coruña en este acto solemnísimo de reverencia y homenaje tri-

butado por Galicia toda, representada por sus cuatro Diputaciones provinciales, a su ilustre hijo adoptivo, el maestro de maestros don Marcelo Macías».

Y entrando en la materia de su discurso, dice el Sr. Acuña:

«Hace ya muy cerca de nueve años, en enero de 1917, la bella y culta ciudad auriense tributó al Sr. Macías el homenaje de gratitud, de estimación y de amor a que seis lustros de abnegada y fecundísima labor cultural y pedagógica, de incansable magisterio en la cátedra, en la tribuna y en el púlpito, le habían hecho acreedor preferentísimo.

Al reconocer Orense aquella deuda de gratitud imperecedera, no hizo más que iniciar el proceso de exaltación y consagración de uno de los más altos valores culturales de que puede enorgullecerse Galicia, proceso que hoy tiene su término natural y coronación simbólica en esta ciudad de la Coruña, capital de Galicia y sede histórica de la Junta Superior del Reino.

Porque en realidad, señores, el acto de hoy tiene una significación histórica de tan positiva y transcendental eficacia que, a mi humilde parecer, encierra la más espléndida y rotunda lección de cosas que apetecer pudiera el acto más solemne de afirmación regionalista.

D. Marcelo Macías, hijo de Astúrica, capital del Convento jurídico asturicense, el primero de los tres en que se dividió la nueva España citerior Antoniniana del César Caracalla, es un caso maravilloso de supervivencia racial, de argumento «ad hominem», contra los que niegan la consubstancialidad regionalista dentro del concepto sustantivo de patria. Y al mismo tiempo, la perfecta coincidencia de las representaciones oficiales de las cuatro provincias gallegas, aquí presentes, al proclamar «urbi et orbi» hijo adoptivo de Galicia al insigne polígrafo D. Marcelo Macías, nacido fuera de los límites geográficos de la actual Galicia, patentiza de modo irrefragable la solidaridad espiritual de todos los elementos que contribuyeron a formar la personalidad histórica de Galicia; encarnada en su Junta Superior del Reino, hoy diluída y esfumada en las formas difusas y transitorias de sus Diputaciones provinciales.

Y es, señores, que las adaptaciones sucesivas de la vida de los pueblos a las circunstancias políticas, representan en la historia de la humanidad una cosa semejante a lo que la indumentaria significa en la vida del hombre. Cambian los trajes y ejercen las modas su efímero imperio sobre los hombres, de la misma manera superficial con que los regímenes políticos y las divisiones administrativas exornan y atavían a los pueblos. Sólo el alma permanece una y la misma de modo

perdurable, y sólo en ocasiones tan solemnes y perspicuas como ésta, surge, refulge y domina el ambiente espiritual que las circunda con esplendor meridiano.

D. Marcelo Macías es nuestro, absolutamente nuestro. Lo es en cuerpo y en espíritu. Lo es por ser hijo de aquella Astorga que el gran Idacio, el primer historiador español, el Tácito gallego, llamó en su admirable Cronicón «ciudad de Galicia». Lo es por ley de la sangre, ya que gallegos, valdeorreses y bercianos fueron sus abuelos. Lo es porque Astorga, su cuna, puede, con justo título, llamarse «defensa y antemural» del Reino de Galicia, su avanzado baluarte en la historia de las invasiones y desbordamientos migratorios que ha experimentado nuestra tierra querida. Y lo es, en suma, por su propio querer, por su espontánea devoción y dedicación a nuestra vida íntima, a nuestra peculiar cultura, a nuestro carácter ínsito y connatural, de tal suerte que el «ubi bene ibi patria», tamizado a través de su egregia personalidad, acrisolada por el fuego inextinguible de su amor a la tierra de su predilección, reviste las proporciones maravillosas de un glorioso apotegma, saturado de fragante cordialidad.

De esa misma manera fué gallego aquel San Martín Dumiense, nacido muy lejos de aquí, el apóstol del Catolicismo en Galicia, el evangelizador de los suevos, el Séneca bracarense, de cuyos alientos proselitistas, reivindicadores y exaltadores de la personalidad galaica, participa en grado excelso nuestro insigne homenajeado y su entusiasta panegirista. Nadie, como él, acertó a penetrar el íntimo sentido de aquel portentoso monumento erigido a la personalidad de Galicia por el gran Idacio, el limiense obispo de Chaves, que en los días apocalípticos de la irrupción de los bárbaros, traza y esculpe su famoso Cronicón con la austera majestad de un profeta bíblico. Nadie como él acierta a vivir la vida intensa del sabio benedictino Padre Feijóo, cuyo elogio literario supo trazar con la certera intuición de un Fontenelle y con la pompa lírica de un Bossuet. Nadie como él pudo plasmar en imágenes de tan emocionante realismo histórico la gloriosa efemérides de la defensa de la Coruña contra los ingleses en 1589. Nadie logró como él trazar de un modo definitivo la gallarda figura de aquel gallego insigne que se llamó Nicomedes Pastor Díaz, en quien pareció reencarnar, en la época romántica, el alma trovadesca de Macías el Enamorado. Nadie, en fin, sinó él atinó a revelar y a popularizar en Galicia la gloriosa figura de San Rosendo, político, guerrero y fundador; ni escudriñó con mayor probidad y conciencia histórica las confusas andanzas, revueltas en sangre y cieno, de los suevos en Galicia, al tradu-

cir y comentar al historiador de los godos, San Isidoro; ni hubo poeta ni escritor que se remontara más alto en alas de la elocuencia, impulsado del amor por las cosas de Galicia, al cantar el heroísmo galaico en la guerra de la independencia, y parangonar la épica defensa de Astorga contra las huestes napoleónicas, con la reconquista de Vigo, envolviendo en un solo y mismo gesto de admiración al bravo Santocildes y a los héroes del Provincial de Santiago, de quienes dijo Junot que eran «los más hermosos soldados que viera en su vida».

Por eso es nuestro D. Marcelo Macías, y al declararlo hijo adoptivo de Galicia no hace su madre más que pagarle amor con amor. El mismo D. Marcelo lo decía en su discurso de gracias, pronunciado en el banquete que hubo de celebrarse con motivo del homenaje de Orense. «Sólo de una cosa me glorio —decía el insigne homenajeado— y tengo para mí que, por mucho que se la encarezca, no se llegará a dar en la exageración y en la hipérbole, y es de mi amor a Galicia. Más de una vez, a solas conmigo mismo, me he preguntado pensativo: ¿de dónde nace este amor tierno, fervoroso, entusiasta que siento aquí, en lo más hondo del alma, hacia Galicia? ¿Cómo es que tiene para mí los irresistibles encantos de la ninfa Calipso y la seductora hermosura de la reina Dido? ¿Por qué, a diferencia del sagaz Ulises, del piadoso Eneas, no me decido a romper los lazos que tan dulcemente me aprisionan? ¿Qué voz interior es esta que me dice: no huyas de sus brazos, conságrate a su amor y a su servicio: cifra en ella la felicidad: «hic felicitas»?

Así se entregó a Galicia D. Marcelo Macías. Así honró, veneró, ensalzó y glorificó a su madre de adopción. ¿Qué hacemos nosotros más que retribuirle en amor lo que en amor nos dió? Todo el caudal de sabiduría que atesoró en su larga y fecunda vida de trabajo, nos fué íntegramente donado por él sin reservarse ni un óbolo.

Sobrepujando generosamente a los multimillonarios yanquis que distribuyen en vida sus cuantiosos bienes en obras de cultura, D. Marcelo dió a Galicia mucho más: nos dió, amén de los tesoros de su alma, su alma misma. Y émulo de Massillón en la oratoria sagrada: rival de Bossuet, en erudición científica, ya que así como éste enalteció a nuestro Paulo Orosio en su célebre «Discurso sobre la Historia Universal», el señor Macías exaltó a su vez la figura de Idacio al traducir y comentar su *Cronicón* famoso, fraternal compañero en investigación histórica de su amigo entrañable y conterráneo el inolvidable glosador de la *Crônica Troyana*, D. Andrés Martínez Salazar; epigrafista emérito; humanista consumado; literato pulcro y galano; crítico y erudito de sin-

gular solidez e imparcialidad; maestro en la cátedra, en el púlpito, en la Academia, en la Comisión de Monumentos, en el Ateneo, y donde quiera que se halle, este hombre extraordinario, de una solidez mental a toda prueba, de una integridad moral insuperable, en cuyos hombros el manteo es toga, según la frase feliz de Rey Soto, recibe hoy de manos del presidente de la Diputación provincial de la Coruña el testimonio escrito del pacto que Galicia celebra con él de incorporar eternamente su gloriosa figura, su egregia personalidad, a los fastos de nuestra historia regional que, él, como el que más entre los más ilustres gallegos, contribuyó a limpiar, fijar y enaltecer de manera gloriosa y perdurable.

Señores: la significación del acto de hoy puede sintetizarse en esta sencilla máxima:

—Galicia se honra y complace en tener por su hijo de adopción y por vínculo espiritual, a D. Marcelo Macías, a título igual que el que ostentan aquellos hijos de su sangre y de su suelo que más alto pusieron el nombre patronímico de «gallego».»

EL ALCALDE DE ASTORGA

Luego, el primer teniente de alcalde de Astorga D. Francisco Pérez Herrero, leyó otras cuartillas expresando la gratitud de su pueblo a Galicia por el tributo de admiración y simpatía rendido a los hijos preclaros de la región leonesa que han sabido enaltecerla con las dotes de su inteligencia.

Ensalzó al insigne Macías, cantó a las bellezas de esta tierra y a la confraternidad con la suya y agradeció el homenaje con frases llenas de cariño y simpatía.

HABLA D. MARCELO MACÍAS

UNA ELOCUENTÍSIMA ORACIÓN

Levantóse luego el ilustre agasajado y con él todos los concurrentes al acto, que le hicieron una gran ovación.

Su discurso, bellísimo, impecable de forma, pletórico de concepciones y de erudición, literario, artístico, asombró a cuantos le oyeron, pues maravilla que a los 82 años pueda estarse tan en plena posesión de facultades intelectuales.

Reproducimos con la posible exactitud esta magnífica pieza oratoria de nuestro insigne compañero de Academia:

«Sr. Presidente de la Excma. Diputación provincial de la Coruña:

Tan grande es la turbación que embarga mi ánimo en estos solemnes momentos, que no acuden a mis labios palabras suficientemente expresivas, con que corresponder a las tan elocuentes como afectuosas y benévolas que, en nombre de las Excmas. Diputaciones de la Coruña, Lugo, Pontevedra y Orense, os habéis dignado dirigirme, al poner en mis manos tan precioso pergamino, y en vano me esforzaría por significaros todo lo que siente mi alma ante un homenaje tan desproporcionado a mis merecimientos. ¡Son éstos tan escasos para tan alto galardón! ¡Qué mucho que reciba con mano trémula tan honorífico diploma; que lo lleve a mis labios, para que sobre él estallen en beso de eterna gratitud, y que lo estreche, hondamente emocionado, contra mi corazón!

Porque sólo de una cosa puedo gloriarme, —lo he dicho en otra solemne ocasión, cariñosamente recordada ahora por el Sr. García Acuña— y es de mi amor a Galicia.

Si algo digno de estimación y elogio descubrís en mis escritos él lo ha hecho brotar de los puntos de mi pluma; si alguna chispa del sagrado fuego de la elocuencia habéis visto brillar en mis discursos, él la ha encendido; si algún prestigio he conquistado en la cátedra, mis vivos deseos, mi ardiente anhelo de que mis discípulos fuesen honra y prez de la tierra que les vió nacer; de que, al triunfar, brillar e imponerse fuera de aquí, por su saber y su talento, se dijese con admiración y simpatía: «Este es gallego», tales deseos han contribuído poderosamente a que, en el decurso de tantos años, no haya sentido desfallecimiento ni descanso en las arduas tareas de la enseñanza.

Como en la antigua Roma la adopción de los hijos *sui juris*, dueños de sí mismos, se hacía en los primitivos *Comicios curiados*, por voto de las Curias en que se dividía el pueblo romano, así, por voto de las provincias en que se divide el suelo gallego, me declaráis aquí, ante tan altas y numerosas representaciones y tan distinguido y brillante concurso, hijo adoptivo de Galicia. Hermoso espectáculo, que, al par que me halaga, me llena de confusión, poniendo en resalto el contraste entre mi pequeñez y la grandiosidad del homenaje.

Y contribuye a impresionar más y más mi ánimo, el recuerdo del fraternal y llorado amigo, del ilustre escritor que tan eminentes servicios prestó a las letras gallegas con sus profundos estudios y sus sabias investigaciones, del benemérito editor de la *Biblioteca Gallega* y de la *Crónica Troyana*, del erudito cronista de esta preclara ciudad, y doctísimo Presidente de la Real Academia Gallega, cuyo nombre habéis grabado en el bronce, para perpetuar su memoria. Justo y merecido

galardón. Nacidos ambos en la muy noble, leal y benemérita ciudad de Astorga, y unidos, por el largo espacio de cuarenta años, en el amor a Galicia, en el culto a sus glorias pretéritas, y en el ansia de su prosperidad y engrandecimiento, Galicia, generosa y magnánima, nos une hoy en un doble y solemne homenaje, de glorificación póstuma para él; que es ley constante y no desmentida que las puertas del alcázar de la inmortalidad sólo puedan ser abiertas por la descarnada mano de la muerte, y de altísima honra para mí, que no tardaré en traspasar los temerosos umbrales de la insondable eternidad. Creedme: si por algo siento que sea tan corto el camino que me queda por recorrer, es por no poder consagrar muchos, muchos años, una nueva vida, al amor, al servicio y a la exaltación de la madre inmortal que me habéis dado.

Aceptad, Iltmo. señor, y dignaos transmitir estos mis sentimientos, con el testimonio de mi eterna gratitud, a las Excmas. Diputaciones que me han otorgado título tan insigne, por lo extraordinario e insólito, que, a la vez que me honra y enaltece hasta donde ni aun imaginarlo pudiera, me obliga a redoblar mis esfuerzos por mostrarme digno de él, consagrando a mi patria adoptiva, con más ahinco que hasta aquí, las más claras luces de mi inteligencia y los más acendrados afectos de mi corazón; ofrezco también la expresión de mi profundo agradecimiento al dignísimo Alcalde-Presidente del Excmo. Ayuntamiento de esta capital, por haber acogido con viva simpatía y bondadoso aplauso las iniciativas del homenaje expuestas por la Prensa regional, y haber propuesto con generoso empeño su solemne realización; y me complazco en dirigir, reconocido, un afectuoso saludo a los Iltmos. Sres. Presidentes de las Excmas. Diputaciones provinciales de Lugo, Orense y Pontevedra, a los representantes de las nobilísimas ciudades de Astorga y Orense, de la insigne y gloriosa Universidad compostelana y demás centros docentes y de cultura, de la Real Academia Gallega, de las Comisiones provinciales de Monumentos, Delegaciones Regias y Academias provinciales de Bellas Artes, Cámaras de Comercio y sociedades artísticas y de recreo, que me han honrado por extremo, asociándose a este acto; a las respetables autoridades que se han dignado contribuir a la mayor solemnidad y esplendor con su presencia, y a la Prensa, a mis queridos compañeros de la Prensa, que tan señalada prueba me han dado de estimación y afecto, lanzando y acogiendo con las más cariñosas y laudatorias frases la idea del homenaje.

Loado sea Dios, que me tenía reservado tan envidiable honor, tan inmensa satisfacción para los días de mi vejez, y no ha permitido que la nieve de los años que cubre mi cabeza, si ha podido hacer que no

broten ya flores en el campo de mi fantasía, haya enfriado, ni entibiado siquiera en mi pecho los encendidos y fervorosos afectos de mi juventud. Estad seguro, señor Presidente, y estadlo todos, señores, de que la honda, la intensa gratitud que siento en estos instantes, perdurará viva en mi alma, y en ella la llevaré al bajar al silencioso descanso de la tumba.

Señores: Aunque no desaparecerá en mucho tiempo la honda, la profundísima emoción que produce en mi alma la solemnidad del homenaje que os dignáis tributarme, fuerza será que me sobreponga a ella para corresponder a esta espléndida manifestación de afecto y simpatía, poniendo de manifiesto los pensamientos que en este momento cruzan por mi mente y los sentimientos que abriga mi corazón, si bien la palabra habrá de seguir brotando de mis labios sin el vigor, las galas y lozanía que a la fría y cansada vejez pediría en vano; que ¡ay! no es esta la voz que, hace más de treinta años, resonó vigorosa y entusiasta bajo las sagradas bóvedas del templo de San Jorge, ensalzando el bélico ardimiento de los coruñeses y la épica hazaña de la intrépida María Pita, en la gloriosa fecha de 1589.

Cuán consolador es, señores, pensar que el hombre no está sujeto a la ciega fatalidad, al hado tiránico e inexorable que se imaginaban con terror los gentiles, que no es una pelota en manos de los dioses, como dijo Plauto en el teatro de la antigua Roma, y creer confiadamente en la profunda verdad que encierran estas palabras con que nuestro ilustre Murguía dió comienzo al magnífico discurso preliminar de su *Historia de Galicia:* «Camina la humanidad, dice, al cumplimiento de su destino, y obedece a la ley providencial que la rige, hasta en los momentos en que nos parece más exenta de su influjo misterioso». No estuve exento yo de esa ley y de ese influjo, al encaminarme a esta bendita tierra, y abrigo la convicción de que la divina Providencia, cuya oculta y misteriosa acción se extiende hasta el leve soplo del viento que recatadamente arrebata la semilla de algunas plantas, y la lleva, y la deposita en otra parte, para que allí brote, arraigue y fructifique, la Providencia guió mis pasos á la ciudad de las Burgas, a la insigne ciudad, antigua corte de los Reyes suevos, que tiene la gloria de haberse realizado en ella la conversión al catolicismo de Charrarico y el pueblo suevo, treinta y seis años antes que Recaredo y los godos lo abrazaran en Toledo, acontecimiento transcendentalísimo, sin el cual no se hubiera verificado la unidad religiosa nacional; a la bella Auria, que hube de representarme en la imaginación como egregia matrona, radiante de majestad y de hermosura, reclinada en

la florida falda de Montealegre, complaciéndose en ver cómo el Miño se desliza a sus plantas lento y silencioso, como si quisiera detenerse a rendirle tributo, y cómo los vapores de las hirvientes y prodigiosas Burgas, cual nubes de incienso que exhalara gigantesco pebetero, elévanse en caprichosas ondulaciones, y poco a poco se esfuman y desvanecen, hasta perderse en el azul del cielo.

¡Oh! y qué hermosa y espléndida se mostró a mis ojos la naturaleza! Risueños y apacibles valles cubiertos de frondosos castaños y nogales; verdes praderas, deliciosas florestas y frescas enramadas, en que anidan y revolotean numerosas avecillas, que todo lo alegran con sus cantos; pinares rumorosos y espesos robledales; altos montes y empinadas sierras, que el invierno corona de nieve, donde brotan abundantes aguas, que bajan al valle, ora calladamente en cristalinos arroyuelos, que se deslizan serpenteando, ora revueltas, espumosas y resonantes en formidables saltos y sonoras cascadas; la ubérrima vid brindando sus racimos en llanos, laderas y collados; por todas partes flores y frutos, perfumadas brisas y misteriosos rumores, y al caer de la tarde, en medio de la augusta y deleitosa paz de los campos, el trino del ruiseñor y el arrullo de la tórtola confundiéndose en los aires con el cantar que entona enamorada pastora junto a la escondida fuente, en la vereda solitaria o en la tortuosa *corredoira*. La torre feudal, que a despecho del tiempo, se alza sombría, cubierta de hiedra, y las venerables y abandonadas ruinas de famosos monasterios ponen una nota de tristeza en la hermosura del paisaje. Al contemplarlas, sentí las caricias de la Musa de la Historia; los siglos pasaron ante mis ojos, como en cinta cinematográfica, y ví surgir acá y allá grandes, inmortales figuras, cual columnas miliarias colocadas a lo largo del camino que ha recorrido la raza; Idacio, el esclarecido Obispo, gloria del Foro de los Límicos, que en medio de las sangrientas luchas y horribles devastaciones y matanzas de los suevos, escribe el primero de nuestros cronicones, la primera página de nuestra medioeval historia, trazando, como testigo presencial, un cuadro de ruda y aterradora grandeza, en el que se destaca con nimbo de luz resplandeciente; San Rosendo, que en la décima centuria, en aquel siglo de hierro, de anarquía en la vida política, de relajación de toda disciplina en el orden religioso y de profunda, caótica confusión en el social, empuña, ora el báculo pastoral, ora la espada, y así funda santos monasterios, como combate y rechaza a los árabes y normandos; Feijóo, el insigne polígrafo de Casdemiro, *ciudadano libre en la república de las letras*, como él se dijo, que en lucha porfiada y titánica con los errores y preocupaciones

de su tiempo, acosa y hiere de muerte a la espantosa hidra de la superstición, que agitaba sus múltiples cabezas; María Pita, vuestra heroica María Pita, que ardiendo en patriótico entusiasmo, corre a la brecha de la Puerta de Aires, lánzase a la lucha cruenta, feroz, desesperada, que se entabla sobre los escombros de una mina, y derriba al bravo oficial que tremolaba la bandera inglesa; y Cachamuiña, el esforzado y valeroso Cachamuiña, que en la reconquista de Vigo, con el hacha que arranca de las crispadas manos de un marinero muerto en la pelea, descarga con fuerza hercúlea, repetidos golpes sobre la herrada puerta de la Gamboa, derribándola, con pavoroso asombro de los sitiados, y atravesado por cuatro balas, cae sobre el yerto marinero, gritando: ¡Adelante! ¡Viva España! ¡Qué mucho, señores, que les haya celebrado con la palabra y con la pluma, rindiéndoles fervoroso tributo de la admiración más sincera y entusiasta!

La naturaleza y la historia me invitaban de consuno al amor a Galicia; pero fué éste, desde el primer momento, tan grande, tan apasionado, tan entrañable, que hube de preguntarme, hablando a solas conmigo mismo, si no tenía raíz más honda, y una voz interior me respondió que sí. ¿Qué voz es esta?, me dije sorprendido; y la voz repuso: Soy la voz de la sangre.

¡Ah!, sí, señores, la voz de la sangre; que aunque nacido en Astorga de padres astorganos, por mis inmediatos ascendientes puedo llamarme gallego. De mis cuatro abuelos, uno vió la luz primera en el pintoresco pueblo de Villamartín de Valdeorras, y otros dos en el Bierzo, en esa hermosa prolongación de Galicia, que formó parte de este antiguo reino, y aun hoy se halla unida a nosotros por el triple lazo de la raza, del idioma y de las costumbres, delicioso vergel, espléndido anfiteatro, donde se encuentran y se dan cariñoso abrazo la dulce lengua en que suspiró Macías el Enamorado y escribió sus *Cántigas de Santa María* Alfonso el Sabio, y la de Juan Lorenzo Segura, de Astorga, el *bon clérigo e ondrado,* que consignó e inmortalizó su nombre en la última cuadernavia del *Poema de Alexandre* (1). ¿Qué importa que, en el año de 1833, un Ministro, extendiendo el mapa de España sobre su mesa de despacho, y poniendo el dedo en el pueblo de Quereño, haya dicho: aquí termina la provincia de Orense? Siempre podrá repetirse con verdad el antiguo adagio: *Galicia es la huerta y Ponferrada la puerta,* y el aurífero Sil, entrando rumoroso por tan franca puerta, para juntarse y

(1) En un estudio crítico, intitulado *Juan Lorenzo Segura y el Poema de Alexandre* (Orense, 1918) se propuso probar el que esto escribe, que el «bon clérigo e ondrado» fué autor, y no un simple copista del poema.

confundirse con el Miño en plena huerta, seguirá uniéndolas con estrecho y amoroso lazo eternamente.

Por eso los segadores gallegos, que siguiendo el antiguo *camino francés*, o de Santiago, se dirigían a Castilla, no se creían fuera de su tierra hasta que, atravesado el Bierzo y dominado el puerto de Foncebadón, llegaban a la *Cruz de fierro* que se alzaba en la cumbre. Allí, vueltos de cara a la terriña, que se ofrecía a sus ojos en magnífica perspectiva, contemplábanla largo rato, pensando en los seres queridos cuya imagen llevaban grabada en su corazón, y arrojando luego sendas piedras al pie de la Cruz, santiguábanse devotamente y proseguían silenciosos su camino, hacia las abrasadas y polvorientas llanuras castellanas. Poco después, al pasar por delante de las vetustas y gloriosas murallas de Astorga, o al entrar en el recinto de la ciudad, parecíales a muchos de ellos que respiraban el aire de su pueblo natal, y el recuerdo de Galicia surgía en sus almas y tomaba cuerpo en su imaginación. Aquella era la capital de la Diócesis a que pertenecían; allí tenía su sede el Obispo que, allá en la aldea, ungió sus frentes, cuando niños, con el crisma de la Confirmación, y en las aulas de aquel Seminario cursaban sus estudios numerosos jóvenes gallegos que aspiraban al ministerio del altar.

Y es, señores, que Astorga, la ciudad que Plinio apellidó *magnífica*, perteneció en lo antiguo a Galicia, y con ella ha mantenido siempre estrechas relaciones. En la época romana, cuando el emperador Caracalla, partiendo en dos la España Citerior o Tarraconense, hizo de la *Asturia* y la *Gallæcia* una nueva provincia, desaparecieron los límites que las separaban, y la provincia así creada quedó constituída por los Conventos jurídicos de *Astúrica Augusta*, *Lucus Augusti* y *Bracara Augusta*, y en la división del Imperio hecha por Diocleciano, se le llamó simplemente *Gallæcia* (1); en la tremenda catástrofe de la invasión y ruína del Imperio romano de Occidente por los bárbaros, Astorga perteneció al reino de los suevos establecidos en Galicia; *ciudad de Galicia* la llama Idacio en su *Cronicón*, al referir que él y el Obispo asturicense Toribio juzgaron a ciertos maniqueos que en ella habían permanecido ocultos, y por serlo, después de la sangrienta batalla en que el rey suevo Re-

(1) La *Asturia* y la *Gallaecia* no fueron erigidas en provincia independiente por el emperador Hadriano, como se ha supuesto, en vista de algunas inscripciones, que si algo probasen, probarían del mismo modo que la división de provincias que a aquél se atribuye fué obra de Trajano, sinó por Caracalla. El primer enviado para regirla, en calidad de Propretor, fué Cayo Julio Cexeal, como consta de una dedicación que éste hizo, en León, a Juno, por la salud y vida de Marco Aurelio Antonino (Caracalla) y su madre la emperatriz Julia; y en la

chiario fué derrotado, a orillas del Orbigo, por el godo Teodorico, es entrada a saco e incendiada y destruída por las tropas que el vencedor envía a Galicia desde las Galias (1); la diócesis de Astorga se extiende, como el antiguo Convento jurídico (2), hasta el corazón de la provincia de Orense; y en los tiempos modernos, ¡ah!, señores, en los tiempos modernos Astorga debe a su solidaridad con Galicia mucha de la gloria que conquistó en la guerra de la Independencia.

¡Qué página tan hermosa escribió entonces mi querida ciudad natal en los anales de la patria! ¿Y sabéis, señores, quiénes la defendieron en tan alta ocasión contra las victoriosas huestes del Capitán del siglo, mandadas por el general Junot? Aquella aguerrida y heroica guarnición, aquel puñado de valientes, de quienes dijo el mismo Junot a su adorada Laura, que eran *los más hermosos soldados que había visto* (3), estaba formado en gran parte por el Provincial de Lugo y el de Santiago, y sobre aquellas venerandas murallas, testigos de los más sublimes hechos de valor y patriotismo, lucharon y derramaron su sangre

---

cual se llama a la nueva provincia *Nueva España Citerior Antoniniana*. Tan insigne epígrafe se guarda en el Museo Arqueológico Nacional, y Hübner lo registró con el n.º 2.661.

Diocleciano dividió el imperio en 96 provincias, repartidas en 16 diócesis, que Constantino distribuyó en cuatro grandes prefecturas.

Una lápida encontrada en Astorga, nos da noticia de un Presidente de la provincia de *Gallaecia*. Dice así:

I · O · M
////ACO · CATVLLI
NVS · VIR · CONSV
LARIS · PRAESES
PROV · CALÆCIAE
PRO · SALVTE · SVA
SVORVMQVE

A Júpiter Optimo Máximo (Fabio), Aconio Catulino, varón consular, Presidente de la provincia de Galicia, erigió este monumento por su salud y la de todos los suyos.

Grutero, en vista de otro epígrafe (309,2) en que figura cierta «Fabia Aconia, hija de Aconio Catulino, varón clarísimo», creyó que debía leerse Fabio Aconio, *Fab(ius) Aco(nius)*, y no Acón, como leen Masdeu y otros.

(1) Cronicón de Idacio, años 456 y 457. La batalla en que fué derrotado Rechiario, se dió el 5 de Octubre del 456, a doce millas de Astorga.

(2) Al Convento jurídico de Astorga pertenecian el Bierzo, Valdeorras, Trives, Quiroga y la vertiente al río Sil del valle de Lemos. El valle de Valdeorras estaba habitado por los *Gigurros* o *Egurros*, como les llama Ptolomeo, y el territorio de Trives por los *Tiburos*. Cerca de Petín, en el término *la Cigarrosa*, se conservan grandes vestigios del *Forum Gigurrorum*. Los *Tiburos* tenían por capital a *Nemetobriga* séptima mansión de la *vía nova*, que iba de Braga a Astorga. Saavedra y Blázquez la reducen a Puente Navea, otros a la cuesta de Mendoya, antes de los codos de Larouco, y Sanjurjo a Santa María de Trives o Trives Viejo. («Boletín de la Comisión de Monumentos de Orense», t. I, págs. 5-10 y III, págs. 3-7).

(3) En la carta que le dirigió desde Astorga el mismo día de la rendición de la plaza, 22 de Abril de 1810, y que ella insertó en sus *Memorias*.

esforzados hijos de Galicia que ostentaban los apellidos de Pardo, Novoa, Lamela, Pita y Feijóo (1). Y después cuando Santocildes, el bravo coronel del Provincial de Santiago, que había dirigido la defensa de la plaza, nombrado Comandante general del 6.° Ejército, se dispuso a reconquistarla, la Junta Superior del Reino de Galicia atiende con la mayor solicitud las peticiones que aquél le hace de dinero, municiones y hasta de zapatos para las tropas que reúne en los puertos de Manzanal y Foncebadón, y al frente de las cuales se precipita, como un torrente, sobre la ciudad y, después de breve cerco, la arranca de manos del enemigo.

No extrañéis, señores, que haya hecho esta narración, sin cuidarme de amenizarla y exornarla con las galas del bien decir; que la elocuencia no está sólo en las palabras, también la tienen los hechos. Tácito es a veces tan elocuente como Cicerón. Aparte de que bastaba a mi propósito presentaros unidas en el curso de la historia mi patria natal y mi patria adoptiva, la ínclita ciudad en que abrí por vez primera los ojos a la luz del día, y la hermosa, la noble, la hospitalaria tierra en que habré de cerrarlos para siempre.

Permitidme ahora que dedique de nuevo un recuerdo al ilustre y benemérito escritor que para siempre los cerró no ha mucho, y cuya memoria habéis perpetuado solemnemente en el bronce, al hombre bondadoso e ingenuo, cuya cuna se meció donde se meció la mía, y con quien me unieron desde niño fuertes lazos de amistad fraternal, que sólo ha podido desatar la muerte.

Espíritu noble y generoso, enamorado de Galicia, y abierto a todo lo que pudiera honrarla y enaltecerla, conocedor profundo de su historia y de su lengua, consagró durante cincuenta años la labor asidua y fecunda, las luces de su privilegiada inteligencia y las energías de su firme voluntad al progreso y florecimiento de la cultura regional.

Filólogo, historiógrafo, arqueólogo, paleógrafo, numismata, recorrió, señoreándolos, los amplios dominios de tan varias disciplinas, y vosotros sabéis, como yo, cuánto deben las letras gallegas a su vastísima erudición y a su actividad infatigable. Andrés Martínez Salazar

(1) *Resumen histórico de los ataques, sitio y rendición de Astorga, de su reconquista y segundo sitio*, por D. José María Santocildes, pág. 103. Madrid, Imprenta Real, 1815.

El soldado Manuel Lamela hizo tales prodigios de valor el día del asalto, en la defensa de la brecha, donde recibió dos balazos, que Santocildes le propuso para subteniente, y las Cortes premiaron su heroísmo por Decreto de 30 de Junio de 1811, donde equivocadamente se le llama José; y otro de los heridos, el joven oficial de infantería de Lugo, D. Bernardo Pita, que, prisionero, logró fugarse, murió después gloriosamente en el campo de batalla, en Vizcaya, al fin de la campaña.



ANDRÉS MARTINEZ SALAZAR

Maestro: vuestro rostro latino he contemplado
—antes de haberos visto y haberos conocido—
en los lienzos del Greco... Hoy os ví y he creído
que de un lienzo del Greco os habéis escapado.

Tenéis un dulce gesto de glorioso Cruzado
en los recios combates de la pluma curtido,
y es la plata de vuestro cabello encanecido
la corona que habéis en la lid alcanzado.

¡Quién, como vos, pudiera musitar:—Si me alejo
de esta vida mudable hacia la sempiterna,
una estela de luces tras de mis pasos dejo!—

Maestro: ante vuestra ara mi lira se prosterna.
¡Que el espíritu joven de vuestro cuerpo viejo
nos ilumine el alma de juventud eterna!

SEBASTIÁN RISCO Y MACÍAS.

fué de los elegidos, que dejan honda huella de su paso por el mundo de las letras y un vacío muy difícil de llenar. Yo me forjo la ilusión de que, en este momento, su sombra, dejando la callada tumba, penetra en este recinto, toma asiento entre nosotros, se levanta y nos dirige la palabra, saludándonos y expresando, con frase trémula de emoción, su profundo agradecimiento por el homenaje que le vais a tributar. ¡Oh! ¡Que la ilusión no sea realidad! Si hoy viviera, al ver su nombre grabado en la dureza del bronce, podría exclamar con el príncipe de los líricos latinos: *non omnis moriar*, no moriré del todo.

He terminado, señores. Si he sido prolijo, si he abusado de vuestra benévola atención, perdonad. Cuando se habla con el corazón, sólo se atiende a sus latidos; no se mide el tiempo, no se mira el reloj. Y pues desde hoy, desde este venturoso día puedo llamarme hermano vuestro, recibid, en prenda de fraternidad, en la persona del dignísimo Presidente de la Excma. Diputación provincial de la Coruña, del ilustre General Sr. Caruncho, un cariñoso y apretado abrazo».

Al abrazar al Sr. Caruncho estalló en la sala una gran ovación.

El Sr. Macías dió un viva a Galicia y el Sr. Caruncho otro a Astorga, que fueron unánimemente contestados.

Y el acto, solemne, grandioso, lleno de efusión y de emoción, se dió por terminado, saliendo de allí todos los concurrentes para asistir al del descubrimiento de la lápida costeada por la colonia astorgano-maragata que da el nombre de D. Andrés Martínez Salazar, a la primera calle longitudinal de la Ciudad Jardín, según acuerdo adoptado por el Ayuntamiento de la Coruña, a propuesta del Alcalde, D. Manuel Casás.

COINCIDENCIA PROVIDENCIAL EN LA CIUDAD-JARDÍN

Después del homenaje tributado al sabio educador de juventudes y forjador de voluntades, que hizo de su aula del Instituto orensano un laboratorio fecundo de sólidas inteligencias, aptas para todas las disciplinas del humano saber, vino el homenaje póstumo dedicado a la memoria gloriosa del buceador de nuestro pasado histórico y protector de nuestros literatos anónimos, aquel noble y generoso hidalgo astorgano que fué como el Mecenas de cuantos aquí en Galicia vivían en la república de las letras y a muchos de los cuales abnegadamente armó caballeros en esta ingrata y a la vez seductora profesión de la pluma.

Una dichosa y feliz coincidencia —acaso también providencial— ha hecho que la Coruña rindiese en un mismo día el público testimo-

nio de su recuerdo y de su perenne gratitud a los dos insignes astorganos D. Marcelo Macías García y D. Andrés Martínez Salazar, que si vivieron fraternalmente unidos, en santa amistad, por los lazos que engendra el cariño a la ciudad nativa, también vivieron constantemente identificados por el hondo e intenso amor a esta nuestra tierra gallega, que es para ellos su segunda madre, su madre espiritual, en cuyo dulce y amoroso regazo duerme el eterno sueño y vive la eterna vida el que fué segundo Presidente de nuestra Real Academia Gallega Sr. Martínez Salazar.

Para perpetuar, pues, este nombre preclaro, por tantos títulos inolvidable y merecedor de imperecedora memoria, se celebró en la naciente y próspera Ciudad-Jardín el acto público y solemne de descubrir la lápida en bronce que da el nombre esclarecido de Andrés Martínez Salazar a la primera calle longitudinal de aquella hermosa y admirada zona de la capital coruñesa.

LA CONCURRENCIA

Cerca de la una de la tarde, llegaron a la Ciudad-Jardín el Ayuntamiento, bajo mazas, y las Comisiones invitadas por la Alcaldía para asistir a la honrosa solemnidad.

Hallábanse allí la banda de música del Hospicio y los alumnos de las Escuelas nacionales, con las banderas que recientemente han sido regaladas por el Ayuntamiento a cada uno de dichos centros de educación popular.

Un público numerosísimo y selecto se había congregado también en aquellas inmediaciones, asociándose así al acto y dando a éste y a la espléndida barriada el aspecto de animación extraordinaria que correspondía a la deuda de gratitud que el pueblo de la Coruña iba a pagar.

Las representaciones oficiales eran muchas, y entre ellas figuraba cuanto hay en nuestra población de cultural y popular.

El Ayuntamiento, presidido por el alcalde, Sr. Casás, acudió en Corporación, con el pendón de la ciudad y los maceros.

SALUDO DE LOS ASTORGANOS RESIDENTES EN LA CORUÑA

Efectuada solemnemente la ceremonia de descubrir la placa, el presidente de la colonia astorgano-maragata, Sr. Crespo, desde una tribuna colocada a este fin, leyó unas cuartillas en que dedicó un recuerdo al finado Sr. Martínez Salazar, haciendo resaltar su gran talento,

su vasta cultura, su personal simpatía y su amena charla, y poniendo de relieve las estrechas relaciones entre la melancólica Galicia y la dura y recia meseta castellana, realizadas por medio de Astorga y su comarca, cuyos caracteres, cuyas costumbres son tan parecidas a las de nuestra región.

Dijo que para la colonia astorgano-maragata era aquel acto consolador y halagüeño, porque significa cómo la Coruña sabe glorificar a los hombres de valer, aun a aquellos que no han nacido en este suelo.

EL ALCALDE DE LA CORUÑA

Habló después el alcalde Sr. Casás, con su habitual elocuencia, presentando a Martínez Salazar como el caudillo del renacimiento espiritual de la tierra gallega.

Hace historia de la labor fecunda del Sr. Martínez Salazar en las Letras gallegas, decaídas en aquella etapa en que él inició sus trabajos, creando la biblioteca galaica y constituyéndose en un verdadero Mecenas.

Dijo que el nombre del homenajeado está y estará grabado en el corazón de todos los gallegos con huella profunda, porque era de los pocos en quienes el alma de la raza se ha encarnado con todos sus ensueños e ilusiones.

UN BRILLANTE Y CONMOVEDOR DISCURSO DE GRACIAS

Seguidamente nuestro querido compañero de Academia D. Fernando Martínez Morás, electo Numerario de nuestra Corporación, e hijo del Sr. Martínez Salazar, en medio del religioso silencio que imponía lo conmovedor del acto, dió lectura, verdaderamente emocionado, a las siguientes interesantes cuartillas:

«Es en esta hora tan profunda la emoción de mi alma como intensa la gratitud. Emoción de hijo que evoca con fervor la noble figura del padre amado, del maestro y guía y consejero leal; gratitud, ¿a qué decirlo?, por esta manifestación en que la intelectualidad de mi pueblo, las representaciones del Poder y de la Cultura se suman a los naturales de Astúrica Augusta para rendir perenne tributo a la memoria de quien no nació en esta tierra, de quien vió la luz lejos del amparo de estos cielos, y a quien, no obstante, se complacen

en honrar, en un alarde de generosidad, testimonio de su refinado concepto de la justicia, los selectos de mi patria.

Martínez Salazar —ya lo habéis oído de los labios del Alcalde— vino a la Coruña como huésped efímero, llegó a esta tierra por curiosidad y azar de profesión. De ella, como tantos más, no pudo salir ya, preso en el encanto de su dulce ambiente y en la red de unos amores perdurables, en la misteriosa atracción del glorioso tejido de la historia de este pueblo, maravillosa influencia a la que se entregó con todo su fervor, con todas sus energías, con el ardoroso impulso de un espíritu apasionado del alma gallega, de los hechos y tradiciones de la raza.

Pocos eran entonces los que, oriundos o no de Galicia, consagraban talento y devoción al estudio de los temas regionales —Murguía, Bernardo Barreiro, Villaamil, los hermanos La Iglesia, Vicetto, Saco y Arce, Barros Sivelo, López Ferreiro.— Florecían ya los poetas —Camino, Aguirre, Losada, Rosalía, Pondal, Lamas—, y anunciábase el genial fulgor de las estrofas de Curros y García Ferreiro.

Profesó él con aquellos regionalistas gallegos y con ellos laboró en intensa convivencia, recogiendo materiales, investigando, buceando en toda la producción anterior, discriminando lo falso de lo verdadero, lo fehaciente de lo falaz o dudoso. Su amistad tan íntima, fraternal, con Murguía, databa de aquellas fechas en que juntos se encontraron en los Archivos, compañeros de profesión. Su librería de la calle de Luchana era el centro de reunión de intelectuales de aquel tiempo: allí tuvieron entrevistas interesantes Pérez Galdós y la joven Emilia Pardo Bazán. De allí salieron impresas, como luego de *La Voz de Galicia* y de la Tipografía del Hospicio, las novelas, los libros de poesía, los estudios literarios y narraciones históricas de escritores y poetas gallegos que fueron precursores o quedaran olvidados. Y allí fundó Martínez Salazar con Fernández Latorre la Biblioteca Gallega, cuyos dos primeros volúmenes fueron la insigne obra de Murguía «Los Precursores» y la colección de poesías de Curros Enríquez «Aires da miña terra», tan popularizada entonces y después. Empresa ésta de la Biblioteca Gallega, llevada con tanto entusiasmo por su editor, sin propósito de lucro, con sacrificio de pecunio y esfuerzos, para dar a conocer obras olvidadas, sacar a luz valores desconocidos y dar publicidad a brillantes exaltaciones del país y de las gentes gallegas, cuando el ambiente era escasamente propicio a tal suerte de generosidades. Las tres o cuatro

docenas de suscriptores a aquellas publicaciones, distribuídos por Galicia y Madrid, podían solazarse y enfervorizarse con la lectura de los «Queixumes» de Pondal, los «Soaces» de Benito Losada, las novelas y novelitas de Vicetto, Ribalta y Amor Meilán, los cuentos de Arévalo, las poesías de Posada, Neira Cancela, García Ferreiro, Añón, Barcia Caballero, Aureliano Pereira, Áurelio Aguirre, Sofía Casanova, Eladio Rodríguez, los estudios y narraciones históricos de López Ferreiro, las leyendas y tradiciones de Cid Hermida, las siluetas de Lisardo Barreiro, los ensayos filológicos de González Besada y Antonio de la Iglesia, las impresiones de viaje de Pérez Nieva, los trabajos biográficos y críticos con que López Peláez y Marcelo Macías, estos dos ilustres leoneses, contribuyeron a tejer la corona de gloria de aquellos dos benedictinos, cumbres de su siglo, el Padre Sarmiento y el Padre Feijóo...

El Alcalde, con su elocuencia y el calor que la sinceridad y el cariño ponen en sus palabras, ha dicho el elogio de la labor paciente y benemérita, de la producción de Martínez Salazar durante medio siglo. Yo he de añadir que de esa labor destaca, aromada por el más acendrado afecto, por el inagotable amor a esta ciudad, la que dedicó a ensalzar a los héroes coruñeses, a nuestras instituciones populares, a escudriñar nuestro abolengo ciudadano, abrillantando con la exhumación de la verdad histórica los prestigios de nuestra urbe: que el título más preciado de aquel hombre, que renunció condecoraciones y jamás exhibió sus timbres de nobleza, fué el de Cronista de la Coruña.

Pero perdonad, señores, a un hijo devoto de la memoria de su padre se atreva a proclamar méritos y virtudes presentes al espíritu de cuantos le conocisteis. Es que no habla solamente el hijo agradecido ante este gratísimo tributo; es que habla el gallego, el coruñés enamorado de su ciudad que se complace y entusiasma cada vez que la encantadora Marineda hace resaltar los nombres de aquellos que la han enaltecido, presentándolos como un ejemplo de lo que pueden la fe, el tesón, el esfuerzo cuotidiano, consagrados de por vida a hacer pueblo. Y hacer pueblo es indagar, recoger, desempolvar y ostentar ante el mundo los valores de nuestra lengua, de nuestra literatura y de nuestra historia.

Señor Alcalde; Excmo. Ayuntamiento de esta mi noble y querida ciudad; hermanos de la Colonia astorgana; representantes de la ilustre Astúrica Augusta, cuna de tantas insignes cumbres del heroísmo y la mentalidad hispanos; amigos gallegos:

Ante vosotros rindo mi homenaje; el testimonio de gratitud de mi madre, de los hijos y los nietos de aquella pareja de gallega y astorgano, fundadora de dilatada familia que, en Galicia, en España, en América, donde el destino la va llevando, proclamará siempre con orgullo cómo la Coruña honra y recuerda no sólo a sus hijos ilustres sino a los que de fuera venidos, con los gallegos conviven en coincidentes ideales, en la busca y procura de la verdad. Gracias de todo corazón».

Estas elocuentes, evocadoras y sinceras expresiones de nuestro muy querido compañero de Academia, fueron premiadas con una larga ovación. El Sr. Martínez Morás fué felicitadísimo.

EL ALCALDE DE ASTORGA

Subió luego a la tribuna el primer teniente de Alcalde de Astorga Sr. Pérez Herrero, quien dió lectura a unas cuartillas, asociándose en nombre de aquella ciudad a este homenaje y agradeciendo a la Coruña su noble e hidalga actitud al rendir este póstumo tributo al que, amando intensamente a su pueblo natal, consagró a Galicia sus afanes, fundiendo así en un solo amor los sentimientos de su alma para los dos países que él consideraba hermanos y que, en efecto, lo son con la mayor cordialidad.

***

Después, la banda del Hospicio ejecutó el himno a Galicia, y el público desfiló religiosamente, satisfechos todos allá en lo más íntimo, cada cual en la medida de sus afectos, de ver que la Coruña sabe hacer cumplido honor a su título de capital de Galicia, y sabe responder siempre y en todo momento a sus deberes de ciudad que vive atenta a las palpitaciones populares y a las ansias espirituales de Galicia.

Y es que la Coruña posee el don supremo, la suprema majestad y hasta el supremo refinamiento de seguir el camino luminoso de los pueblos que piensan y sienten, honrándose a sí mismos al honrar a quienes tanto enaltecen y enaltecieron a Galicia, nuestra Madre.

EL BANQUETE OFICIAL

A las dos de la tarde fué servido en el restaurant del «Kiosco Alfonso» el banquete con que la Diputación provincial de la Coruña

obsequió a D. Marcelo Macías y a los presidentes de las demás Diputaciones gallegas.

Ocupaban los puestos de presidencia D. Marcelo Macías, la directora de la Escuela Normal D.ª Mercedes Tella de Sánchez Belorado, el presidente de la Diputación Sr. Caruncho y sus compañeros de las demás Diputaciones de la región.

La comida fué un espléndido y delicado agasajo, por lo excelente del menú, la buena organización del servicio y el decorado del local. El arrendatario del restaurant del Kiosco, Sr. Losada, supo hacer honor a la esplendidez de la Diputación.

Unos cincuenta comensales ocupaban el vasto salón.

Después de una hora de amena cordialidad entre los diputados, autoridades y periodistas coruñeses y la nutrida y distinguida representación orensana, ofreció el banquete en breves y elocuentes palabras el Sr. Caruncho Crosa.

El Sr. Astray leyó numerosas adhesiones al acto.

El Presidente de la Diputación de Orense se suma al homenaje en un breve discurso.

Pronunció después otro discurso el Alcalde Sr. Casás, enalteciendo la figura de Macías y abogando por la exaltación oficial de las figuras representativas.

Habla a continuación el Abogado y Vicepresidente de la Asociación de la Prensa de Orense D. Alfonso Carballo Rey, que obtuvo un gran éxito con una bella y elocuentísima oración.

El Jefe de Estado Mayor, perteneciente a la colonia maragata Sr. Martínez Cabrera, distinguido publicista, pronunció sentidas palabras de confraternidad galaico-leonesa.

D. Marcelo Macías agradeció el agasajo con palabras breves, emocionadas y bellas, como todas las suyas, que fueron acogidas con grandes aplausos.

Puso fin al acto el Sr. Martínez Morás, recogiendo las alusiones que se hicieron a su ilustre padre y evocando la amistad que le unió con su conterráneo D. Marcelo Macías.

Todos los oradores fueron muy aplaudidos.

ANTE LA TUMBA DE CURROS

A las once de la mañana del día siguiente, lunes, la Comisión de la Asociación de la Prensa de Orense y demás representaciones de dicha ciudad y otras de Galicia, acompañados del Alcalde y re-

presentantes de las entidades locales, salieron del Palacio Municipal, en automóviles puestos a su disposición por la Alcaldía, y se dirigieron al cementerio donde visitaron la tumba del gran poeta orensano Curros Enríquez y depositaron en ella varias coronas.

Pronunciaron discursos el Alcalde de Orense, el de la Coruña y el Vicepresidente de la Asociación de la Prensa de Orense Sr. Carballo, quien dijo elocuentemente que entre los huesos que tras de la lápida funeraria de Curros se guardaban estaba intacta aún la espina que el poeta llevó clavada en su corazón, espina que había que reducir a polvo de cenizas no sólo por la acción del tiempo sinó por la altruista labor de los buenos gallegos, sus testamentarios espirituales.

El Alcalde Sr. Casás mostró a los distinguidos forasteros las tumbas donde reposan otros ilustres gallegos.

Los acompañó luego por la ciudad y les mostró y ofreció el Palacio Municipal.

EL BANQUETE POPULAR

Unos cien comensales se reunieron a mediodía en el «Hotel de Francia» en torno del Sr. Macías, en fraternal banquete ofrecido por la colonia astorgano-maragata, la Real Academia Gallega y la Asociación de la Prensa.

Con él ocupaban la presidencia de la mesa el Alcalde Sr. Casás, el General de Estado Mayor D. Leocadio López, los presidentes de las Diputaciones de Orense y la Coruña y otras personalidades.

Se sirvió, muy bien por cierto, un excelente menú, y a la hora del champagne leyó el Secretario de la Asociación de la Prensa señor Barreiro (D. Augusto) las numerosas adhesiones recibidas.

Nuestro querido compañero de Academia, el ex-Delegado Regio de Bellas Artes D. Angel del Castillo, hizo el ofrecimiento del agasajo en nombre de las entidades que lo organizaron, en un bello discurso, dedicando elogios a los Sres. Macías y Martínez Salazar y asociando a éstos el recuerdo del ilustre prelado astorgano D. Antolín López Peláez. Saludó a los representantes de Galicia allí presentes y expresó el cariño que la Coruña, tan compenetrada con la colonia astorgana que aquí trabaja, siente por todos los pueblos de la región y por Astorga, a los cuales abraza efusivamente.

El Secretario de la Academia, Sr. Rodríguez González, leyó unas cuartillas del Presidente de esta Corporación Sr. Ponte y

Blanco, enorgulleciéndose de hacerlo como orensano porque honraban a Macías y a su provincia.

D. Eumenio Rodríguez dijo que como Catedrático no debía dejar de honrar a otro que enalteció la cátedra y dedicó un recuerdo a Martínez Salazar.

El cultísimo sacerdote D. Emilio Vázquez Pardo, cronista de Orense, agradeció el cariño de Galicia a quienes la enaltecieron y dijo que recogía este acto de simpatía de la Coruña para llevarlo a su tierra.

El astorgano teniente coronel de Estado Mayor, Sr. Martínez Cabrera, habló en nombre de sus paisanos expresando el deseo de que éstos, dando una prueba de sentimentalismo, coloquen en su local social los trajes regionales de Astorga y Galicia como recuerdo de Macías y Martínez Salazar y que se asocie a estos nombres gloriosos el de López Peláez y el de otros que han sabido morir en el cumplimiento de su deber, como Alonso Cordero, Alonso Criado y Gil y Carrasco.

El Presidente de la Diputación de Orense, Sr. Casar, expresó su gratitud al pueblo coruñés y a las entidades organizadoras del acto y dijo que las cuatro provincias de Galicia deben unirse en fraternal abrazo para engrandecerla. En nombre de ellas abrazó al Alcalde Sr. Casás, cuya iniciativa de los homenajes encomió.

El Vicepresidente de la Asociación de la Prensa de Orense y elocuente Abogado D. Alfonso Carballo pronunció un brillante discurso de agradecimiento a Galicia en primer término, a la Coruña, a la cual ensalzó con vibrantes frases; a la colonia astorgano-maragata, y a los periodistas locales por el calor prestado a la iniciativa de los homenajes.

El Sr. Carré Aldao saludó en gallego a su viejo amigo D. Marcelo Macías.

El Sr. López Vázquez (D. Manuel), en nombre de la Sociedad Coruñesa de Urbanización, se congratuló de que esta entidad haya contribuído al homenaje con la calle que lleva el nombre esclarecido de Martínez Salazar.

El hijo de éste, D. Fernando Martínez Morás, con emoción que le hizo brotar lágrimas, recogió los efluvios de cariño a la memoria de su padre y los trasmitió al amigo de éste Sr. Macías como testimonio efusivo de todos los allí presentes.

En medio de una gran ovación se levantó el ilustre Macías, quien dijo que se sentía abrumado por los elogios que se le tributa-

ban y por la memoria de su amigo querido D. Andrés Martínez Salazar, y recordó que hace treinta años pronunció en el templo de San Jorge el panegírico de la heroica coruñesa María Pita.

Hizo suyas las palabras de gratitud de los Sres. Carballo y Martínez Morás por el homenaje.

Asoció al acto algunos nombres de orensanos ilustres, como los de Paz Nóvoa, Vázquez Núñez, Benito Fernández Alonso, Curros Enríquez, Lamas Carvajal, García Ferreiro, Luciano Cid, Jesús Muruais y Neira Cancela, con quienes convivió en el trabajo de prosperidad de las letras gallegas, y dijo que él, que tiene el privilegio de la ancianidad, va muchas veces al Cementerio de aquella población, donde duermen todos menos dos, para elegir el sitio en que ha de descansar al lado de aquéllos.

Añadió que quizá sea Galicia la región de España donde mejor se sabe rendir homenaje a las Letras, citando los nombres de cuantos pasaron por su cátedra que luchan por el renacimiento de ellas, y se glorió de dejar estos hijos espirituales.

Dió gracias a la Academia Gallega, a la colonia astorgano-maragata, que representa en todas partes la industria y el comercio, y a la Asociación de la Prensa por el acto popular que se celebraba en demostración de que no eran sólo las Corporaciones oficiales sino Galicia entera la que le proclamaba su hijo adoptivo.

Dijo que el homenaje le abrumaba, le anonadaba, y terminó brindando por Martínez Salazar, fundador y Presidente de la Colonia Astorgana, Presidente de la Academia Gallega, socio y Presidente de la Asociación de la Prensa coruñesa, publicista incansable que tanta gloria dió al periódico y al libro en cincuenta años de trabajo constante y por la prosperidad y florecimiento de esas tres entidades.

El orador fué muy aplaudido.

Por último habló el Alcalde Sr. Casás a requerimiento de los comensales.

Dijo que el acto del domingo fué el homenaje oficial y que el que se celebraba era el plebiscito popular para asociarse a la fiesta.

Añadió que estos homenajes son la mejor lección que debe darse a las generaciones futuras para que sepan recoger estas herencias de honra, honor y glorificación de valores.

Manifestó que tenemos que recoger de Macías y Martínez Salazar el sentimiento regional, calificando de grave el estimular a las

gentes a olvidar el amor a las regiones, que debe mantenerse honrando a la patria.

Bien está —agregó— el reproche contra los movimientos morbosos. Contra ellos nuestra maldición. Por eso —dijo— nos pusimos frente a los que en Galicia levantaban la bandera separatista, porque hay que ser muy gallegos, pero también muy españoles.

El Sr. Casás, como todos los que le precedieron en el uso de la palabra, fué muy aplaudido.

El acto, muy cordial y muy simpático, terminó con vivas a Galicia, a Orense, a Astorga y a España.

*
* *

Así terminaron los brillantísimos actos de merecido homenaje a dos ilustres astorganos para quienes los gallegos guardamos perenne gratitud.

La Coruña y Galicia entera han dado una generosa y solemne muestra de cómo saben enaltecer las figuras de quienes con su labor desinteresada, con su talento y su entusiasmo, contribuyen a esclarecer su historia, á exaltar sus nombres gloriosos, a perpetuar sus monumentos lingüísticos, á difundir su cultura y crear y fomentar el interés de los pueblos hacia ella.

La Real Academia Gallega, que estuvo presente en todos los actos de homenaje por sus representaciones más calificadas, se complace en reçoger en este Boletín, con la mayor amplitud, el eco de las fervorosas manifestaciones de galleguismo y de admiración a dos ilustres personalidádes cuyos nombres preclaros tienen en el historial de nuestra Corporación puesto preeminente.

ARQUEOLOGÍA GALLEGA

INSCRIPCIONES INÉDITAS DE LA CATEDRAL DE SANTIAGO

La Catedral compostelana fué comenzada a edificar en el año 1074 por el famoso prelado D. Diego Peláez, llevándose al parecer las obras con cierta lentitud al principio por los obstáculos que a su realización oponían los monjes de Antealtares, perjudicados en ciertos derechos que alegaban, pues en 1077 todavía se estaban construyendo algunos de los ábsides de la girola, o sea la parte más antigua del edificio, por donde consta que empezó la construcción y lo confirman plenamente su estructura arquitectónica y su ornamentación de capiteles.

Supone López Ferreiro que dicho prelado consagró en su tiempo la parte de la Basílica abierta al culto; pero no consta que realmente lo fuese hasta que Gelmírez, según la *Historia Compostelana* (lib. I, cap. XIX) consagró en 1102 el altar del Salvador, que es el de la capilla central de la girola, y todos los que coronaban la Basílica «dispuestos ya con la conveniente maestría».

Pero las obras continuaron, reedificándose incluso algunas partes tan esenciales como la fachada principal para que el Maestro Mateo levantase en la segunda mitad del siglo XII su famoso Pórtico de la Gloria; y del tiempo que las obras secundarias, por lo menos, duraron, nos lo dice el hecho de que no simplemente unos altares o capillas, sino la Basílica entera consagró solemnemente, y así lo consignó en las interesantes cruces de las naves, el Arzobispo D. Pedro Muñiz, en el año 1211, aunque el motivo que para esta consagración se alegue, sea la frecuencia con que por entonces se profanaba este templo con sucesos sangrientos y lamentables.

De manera que constan de una forma indudable ambas solemnes consagraciones. De la última, entre otros, con el testimonio perdurable de las inscripciones que rodean a las mencionadas cruces; pero de la primera con sólo el dato histórico de la Compostelana, sin que hasta ahora se hubiesen descubierto las inscripciones en que sin duda consignó el famoso Gelmírez tan solemne consagración de los altares. Comprénda-

se el interés que pudiera tener para la historia de la Basílica compostelana el hallazgo de tan importante testimonio.

Es indudable que de grabar las inscripciones mencionadas lo hiciese en la principal de las capillas, en la del Salvador, por su advocación en el aspecto religioso, y hasta por sus mayores proporciones y distinto trazado, no reparado por cuantos hasta la fecha publicaron los planos de la Catedral, (1) razones por las cuales era también arquitectónicamente la más importante esta capilla.

Allí, por lo tanto, habría que buscar las inscripciones en el caso probable de haberlas. Es verdad que en la época misma de Gelmírez se habían cubierto de pinturas, como de ellas y de mosaicos las iglesias bizantinas, las capillas de la Catedral compostelana, y al destruir posteriormente estas reliquias pictóricas del siglo XII, que tanta importancia hubieran dado en nuestro tiempo a la Basílica de Santiago, es probable que sin querer se destruyesen también los caracteres epigráficos, tan poco apreciados entonces en su valor histórico y en su importancia arqueológica.

A nuestros días llegó, por lo menos la capilla del Salvador, embadurnada de espesas capas de cal con que el mal gusto de una época y de unas gentes recubrió en todas partes el interior de nuestras iglesias y hasta los elementos esenciales y ostensibles, por lo arquitectónicos, de nuestros templos, las portadas, sepultando en parte o por entero las inscripciones, que en muchos sillares malamente se adivinan, dificultando el estudio histórico de estas iglesias, como ocurre, por ejemplo, en el tímpano de San Esteban de Atán y en una columna de San Antolín de Toques.

No era cosa fácil, seguramente, el descubrir en la oculta sillería de las paredes de la capilla compostelana las inscripciones que tuviese, pues de serlo, el sagaz e inteligente historiador de aquella Santa Iglesia Catetral, el ilustre López Ferreiro, las hubiese adivinado, y haciéndolas descubrir, de su lectura deduciría toda la importancia que tuviesen; y ya no él, sino cuantos hasta ahora escudriñaron la parte arqueológica de nues-

---

(1) Salvo Cepedano en su *Historia y descripción arqueológica de la Basílica compostelana* (1870), donde publica un plano en el que acusa, aunque imperfectamente, el verdadero trazado de esta capilla.

tra famosa Catedral, o se ocuparon, dentro y fuera de nuestro país, de la historia de la más interesante de nuestras basílicas medioevales.

Necesidades religiosas, torpemente interpretadas, obligaron con mal consejo, a estropear las paredes laterales de la capilla del Salvador, abriendo, hará unos veinte años, sendas hornacinas para las imágenes, si mal no recuerdo, de San Pedro Mezonzo y de San Rosendo, los ilustres varones y famosos prelados gallegos que tanto caracterizan la décima centuria.

Desde hace años, con buen criterio, se vienen limpiando las paredes de nuestros monumentos, de las capas de cal que las ocultan y, por fortuna, alguien quiso, paréceme que fué el ilustre canónigo compostelano y electo de Número de nuestra Real Academia Sr. Tafall, limpiar también las de la capilla del Salvador y ¡oh, asombro! a uno y otro lado, ocupando casi por entero el ancho de dichas paredes, aparecieron en arcaicos caracteres, dos grandes inscripciones, cuya lectura se hacía dificilísima porque al hacer las hornacinas *se había destruído para siempre la parte central de ambas,* cortando, con las palabras, el sentido de tan importantes documentos, y allí están, expuestas a la curiosidad de las gentes y a la admiración, más que lectura epigráfica, de los arqueólogos que se atrevan a interpretarlas.

Desde entonces, hará unos nueve años, sólo han merecido que sepamos la atención del ilustre historiador P. Atanasio López, Correspondiente de esta Real Academia, que en el *Diario de Galicia,* de Santiago, en 19 de enero de 1917, publicó un interesante trabajo, como suyo, titulado *Descubrimientos epigráficos en la Catedral compostelana,* donde con cierto carácter general habla de las inscripciones descubiertas y concretando su opinión respecto a una de las palabras, OCTO, sospecha si se referirá al número de Obispos que consagraron la Basílica; y días más tarde, el 23 del mismo mes y año, en otro trabajo no menos interesante, que publicó en el mismo diario sobre *Inscripciones en la Basílica. — La capilla del Salvador,* y en el que habla de las ya conocidas inscripciones que tiene esta capilla en dos de los capiteles, alude también a las por entonces descubiertas en las paredes.

Pero como ni en el uno ni en el otro trabajo se publican los caracteres descubiertos, ni por la índole de aquéllos se pretende la lectura de sus palabras, ni hasta la fecha se han publicado, que sepamos, reproducciones de ellas, no quiero que las gentes que se interesan por estas cosas dejen de conocerlas, y aun contando con las dificultades que lo gastado

de las piedras, por el repicado de la cal, oponen a su fácil lectura, probaré a ordenar los caracteres más inteligibles a fin de reproducir lo más exactamente posible estas interesantes inscripciones.

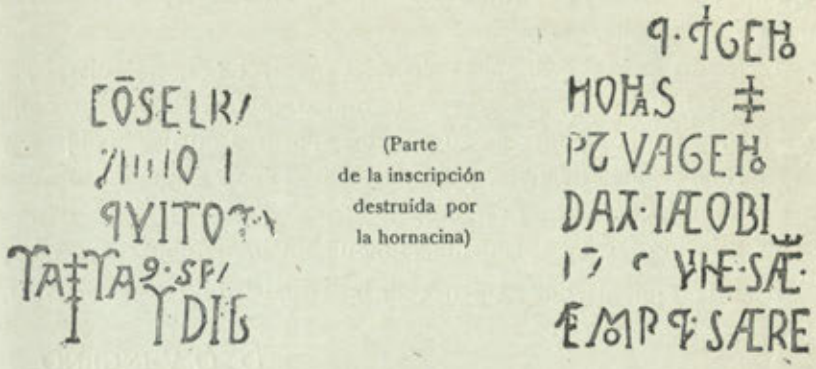

Figura 1.ª — Inscripción de la izquierda

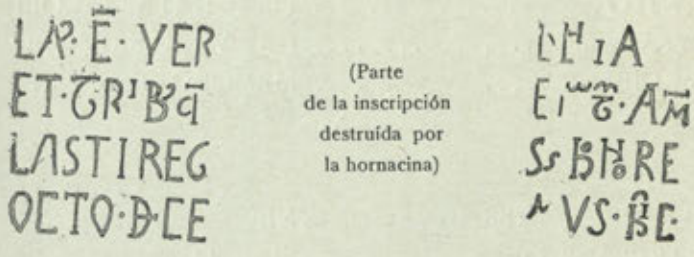

Figura 2.ª — Inscripción de la derecha

A la vista de ambas bien se comprende por sus caracteres y proporciones, aparte de su emplazamiento, que pertenecen a una misma época, que fueron grabadas por una misma mano y que deben referirse a un mismo suceso.

La inscripción de la derecha, entrando en la capilla, mide de alto 51 centímetros y de largo 1'58 metros, siendo sus letras mayores de 11 centímetros y las menores de 8; como las hornacinas las cortan de arriba abajo, y miden de ancho 75 centímetros, falta por lo tanto de esta inscripción casi la mitad; de aquí la dificultad de su lectura.

La inscripción de la izquierda, cuyas líneas no se corresponden del todo, mide de alto un metro y 2'10 de largo, siendo sus letras mayores

de unos 11'5 centímetros; corta la hornacina, por lo tanto, aproximadamente la tercera parte, y aumenta la dificultad de su lectura la irregularidad de su redacción y grabado, aparte de que no todos sus caracteres, presumo que por falta de cuidado al repicar los sillares, se conservan íntegra y claramente.

La lectura exacta y completa de estas inscripciones, no sujetas por su carácter histórico a redacciones formularias, resulta por lo tanto imposible; pero de algunas de sus palabras puede deducirse el objeto, y de la forma de los caracteres, problablemente la época, aunque no con tanta exactitud, como luego veremos.

Examinémoslas separadamente, aunque sin pretensiones de acierto.

La de la izquierda, que comienza con la palabra definitiva de *consecrata*, parece decir:

Q · Q(V)INGENO
CO(N)SECR(ATA) ecclesia? .....NONAS †
ANNO? mileno? .....(SE) PTVAGENO
QVI(N)TO .....(fun) DATA · IACOBI
YA † YAVS · SP .....(di) VINE · SAC(R̄)E ·
Y· DIB .....MEMORQVE · SACRE

Y la de la derecha:

LA(VS) · E(T) · VER(itas?) .....NIA
ET · TRIB(VS) QVI.....EI.... T· $\overline{AM}$
CASTI REG(is).....SS HONORE
OCTO · DECE(mbris) .....consecra? MVS · HIC ·

Aunque en los grabados, el hueco de las hornacinas, guarda la debida proporción, no es fácil suponer las palabras destruídas, por las abreviaturas que hubiese entre ellas. No pretendo por lo tanto el descifrarlas, tarea que dejo para los competentes; pero conviene señalar que del sentido de algunas de las palabras claramente se deduce que se refieren a la consagración de la Catedral compostelana, y que en ellas se consigna una fecha, de interés extraordinario si, como parece, se refiere al año de 1075; es también de hacer notar la referencia que hace, probablemente, una de ellas, al Rey D. Alfonso el Casto, en cuyo tiempo se descubrió el cuerpo del Apóstol, y a quien se debe la iglesia primera levantada en

honor de Santiago, la que a últimos del siglo x reedificó Alfonso III el Magno y que, incluída dentro del crucero y de la nave principal de la actual basílica, mientras duró su construcción, no fué derribada hasta el año de 1112 en que, por innecesaria y ruinosa, así lo dispuso el famoso prelado D. Diego Gelmírez. (1)

Los caracteres de estas inscripciones son un tanto desconcertantes, pues entre ellos abundan los típicos del siglo x, incluso algunos mozárabes, como en las inscripciones de San Pedro de Montes y de Ribadelago, iglesias de dicha centuria, alternando con otros más indefinidos, y ofreciendo incluso varios tipos de una misma letra como ocurre con la D, la N, la O, la R, la T, la V y, sobre todo, la A, de la que ofrece cinco ejemplares diferentes. Como no se explica ni hay razón alguna para suponer que los sillares que contienen estas inscripciones se trasladasen de la iglesia anterior a esta capilla, como ocurre con otros grabados en un solo sillar, es decir, en una lápida (iglesias de Churío, de Cuntis, de Becín, etc.) hay que considerar a muchos de sus caracteres como interesante supervivencia que no presentan, y es curioso, ni las inscripciones de los capiteles de esta misma capilla donde se consignan el príncipe reinante y el prelado que ocupaba la sede al comenzarse la Catedral, ni la de la Puerta de las Platerías, tan interesante, ni otras muchas que de entonces conocemos.

Mas como en ellas no se descubren nombres propios de prelados, como es costumbre consignar en las inscripciones de consagración, ni la fecha puede en realidad concretarse, ¿a cuál de las dos consagraciones se refieren? ¿A la que supone López Ferreiro, del Obispo que comenzó la basílica, D. Diego Peláez, antes del año 1088 en que fué depuesto, y de la que ningún testimonio se conserva, o a la que consigna la *Compostelana* como hecha por Gelmírez, en 1102, de los altares o capillas de la girola y de los brazos del crucero? Lo arcaico de los caracteres induce a suponer

(1) Dice Villaamil y Castro en su *Descripción histórico-artístico-arqueológica de la Catedral de Santiago* (página 127) que Neira de Mosquera cree (sin señalar el texto donde lo consigna) que la capilla del Salvador era del tiempo de Alfonso el Casto y la antigua iglesia del monasterio de Antealtares. En las monografías que conozco de Neira no recuerdo haber visto concreta esta afirmación; ignoro, por lo tanto, los términos en que la formula para juzgarla; pero desde luego que debió seguramente deducirla de la concordia de Alfonso VI con el Abad de Antealtares, San Fagildo, en 1077, y no de estas inscripciones, que de haberlas conocido las hubiera publicado.

las inscripciones de la fecha más remota, del comienzo de la Catedral, acaso de la conclusión de la más principal de sus capillas, seguramente la primera en construirse y, por lo tanto, también en terminarse, allá por el año de 1075, al que parece referirse la fecha de una de las inscripciones; pero el texto de la *Compostelana,* señalando la consagración de Gelmírez, precisamente de estas capillas, en 1102, nos desorienta y hasta parece no muy desacertado el sospechar si en ellas se consignará tan solemne ceremonia.

De todas maneras la importancia histórica y epigráfica de estas inscripciones, inéditas hasta la fecha, es muy grande y manifiesta; y su lectura ha de suscitar, seguramente, por las dificultades que ofrece, muy diversas y encontradas opiniones.

Como no quise, ni jamás lo he pretendido, el descifrarlas, ahí tienen los epigrafistas un asunto de interés para nuestra Catedral compostelana donde demostrar su competencia y donde emplear sus tan difíciles como importantes conocimientos.

ANGEL DEL CASTILLO

La Coruña.

(Dibujos del autor.)

FIN DEL TOMO XV

LITOGRAFÍA E IMPRENTA ROEL—CORUÑA